

DONDE EL OLIVO.

por Alfonso Sánchez Mugica

A Ana María.

I

Presente de un presente aún presente,
Pronto iremos al olivo a olvidar.
Cuando aún no olvides del todo,
todo esto:

Recuerda la carrera que corrimos,
camina a los cipreses de las
agrestes rocas que miran al mar
y rememora la fruta fresca
del verano que caminó dos pasos adelante;
porque fuiste el testigo quieto
de ver crecer al ciprés con leño atravesado
que ahora me precede,
porque viste de lejos
la primera gota degustada
del vino de la vida,
porque tú escuchaste todas las canciones
que iremos al olivo a olvidar.

Siempre de lejos viste esa esquizofrenia
de bien y de mal,

Estaba ahí aún antes de que
sacáramos la puerta del nogal
y la tocara alguien,
que no tú,
con las saladas manchas
de la muerte mar.

Porque no te acercaste
cuando se acercaba
el incógnito instante de letargo.

II

Como golpes de campana al aire,
como reventar de nueces y castañas
de empalagoso corte,
tus cuerdas de guitarra resonaron
acompañando otras guitarras
que en nosotros hicieron más eco que
las tuyas,
porque ocupó más arena su sonar
y porque sabía que pronto
en la colina donde emerge solo
el viejo olivo de la primera conquista,
con mandolinas y panderos,
¡ay, sí! con mandolinas y panderos
y con silencio y tiempo sin espera
encontraríamos juntos al olvido:
tú para quedarte con la sombra,
yo para reír con el olvido.

De las valiosas volutas que despides,
la que más aprecié, no nos la niegues
y si algo queda que nos debas,
dáselo en vida al eucalipto erecto
que se seca
mientras pasamos sin verlo ni besarlo;
dáselo antes de olvidar
porque en el segundo antes del olvido,
sólo entonces,
lloraré ¡ay! si está muerto.

Recordaré el infierno con tu nombre
y sólo serán recuerdos agradables,
por eso dolerán cuando el olvido
nos arrebató los últimos recuerdos:

Este aroma, sabor de este tiempo;
el aire que luz jocunda lo ilumina y lo colora;
la agónica mecánica andante
que quiere estrangular nuestro horizonte,
que arrancó, pero no de raíz,
el semen fértil de nuestra alma.

III

Baile eficaz y feliz baile
que pareciera que no bailo,
que sólo la pareja desvirtúa
la rigidez hierática de muerte.

¿Sigo bailando por mí
o por la rosa que sólo me brinda sus espinas?

O ¿bailo este baile sin saber
que siembro al bailar crudas espinas?

¡Cuánta felicidad que derramada
manchó con insistente olor y color
el blanquísimo tul de mi tristeza,
el más blanco mantel de mi agonía!

¡Pues que bien servido estaba entonces
aún por aquellos que pasaban!

Y como en el poema de la muerte
se sucedía una y otra suerte
se sucedieron entoces,
-hoy presente o presente de entonces-
espina, licor; hastío, frescor;
amarga . . . , dulce calor del corazón de leche;
futilidad e inutilidad,
fertilidad pródiga de amores.

¡Cuánto aprendí de nuevo!
¡Cuánto conocí de nuestra tierra!
¡Cuánto me confundí!
¡Cuánto aún confundo!

Confundo aún el incógnito instante
que seguía, la duda que no recuerdo,
la duda que procedía.

IV

No cortes del campo los azahares
ni huelas los inoloros pompos,
no vistas de azul y gris tus lozanías,
no omnubiles tu vista de dolores,
no oigas la risa, -delirio breve-
de los que no saben ser felices,
tampoco calles para oír los ruidos
que de la flauta, el caracol y el piano
huyen a dormir la oreja.

Ya no acaricies las pieles de los gatos,
ni permitas que recorran tus dedos
la piedra gris que nos separa,
o palpen la roca que divide.

Que tu boca no pruebe
los negros licores que ofrecieron
los árabes del norte
a peregrinos que pasaron.

Que tu lengua no sepa
de los raros manjares que engañan a la boca
con sus dos sabores.

Que no repitas los versos que leímos,
las frases que escribimos,
las risas que grabamos,
no camines las calles que pasamos,
los jardines por donde corrimos,
las casas a donde llegamos.

No, que nuestros pasos no se sigan,
no te sientes donde ya antes estuvimos.

No busques aquellas miradas
que cruzamos como se cruzan
las líneas paralelas,
los días que perdimos,
las noches que ganamos,
el aire que exhalamos,
los tóxicos sudados en el cuerpo frío.

No, tú no te embriagues
igual que nosotros
con fermentados cantos y perfumadas flores;
no, tú no pierdas la razón del tiempo
y del espacio;
no guardes la ceniza de la muerte
con morbosos delirios de ternura

No, tú no te enamores
del dolor, del mal y de la espina,
-es como enamorarse de locura:
la felicidad es mucha,
la tristeza abundante,
pero el alma se cansa y sólo descansa
allá donde se yerguen los cipreses
de las agrestes rocas que miran al mar.

V

Olvida, olvida sentada
en el olivo que espera
que llegues a olvidar.

Vive a la sombra que
brinda el olivo.

Vive en el aire que
brinda el olvido.

Antes sólo canta una canción,
una canción de amor desesperada,
que hable de nosotros
y nuestro amor desesperado.

Si la yema del mundo ya se apaga
hundiéndose en las aguas,
y se doran árboles y rocas,
no mires más allá,
mira hacia donde el olivo
de helénica factura mira;
a los templos paganos de la Grecia;
perdida en el olvido.

Recuerda: ya no más.
Vive en el aire que
brinda el olvido,
en el solaz que da el no pensar,
el no recordar más a este tu amigo.

VI

Como en las veces anteriores
que olvidamos queriendo no olvidar,
se escapan
los días, las horas y los nombres,
los juegos que inventamos,
el rostro que apartamos . . .
como las risas se escapan de las bocas,
la hojas de la rama,
los destellos del Sol . . .

No será difícil olvidar:
es el mandato
implacable,
inexorable
del mar.

Olvidar, olvidar,
presiento que vamos a olvidar.